

m²

SUPLEMENTO DE ESTILO
Y DECORACION DE PÁGINA/12.
SABADO 3 DE ENERO DE 2004.
AÑO 5. Nº 257.

luz

DARA despidió el año con 1500 metros de artefactos luminosos, un resumen de tendencias y materiales

SANDRA CARTASSO



Sobre el Golfo Nuevo

En Puerto Madryn los arquitectos están proyectando una nueva sede para el Colegio de Ingeniería, Arquitectura y Agrimensura. Hay que ser de Chubut para participar.

POR MATÍAS GIGLI

Alejándose del centro de Madryn y caminando hacia la fábrica de Aluar, en la calle Domecq García entre Prefecto Furnillo y Paulina Escardó, el Colegio de Ingeniería, Arquitectura y Agrimensura es dueño de un lote en forma trapezoidal. La idea es construir allí una nueva sede. Además y mientras estos profesionales terminan de materializar el sueño de la sede nueva, consiguieron en forma de comodato por diez años la ex casa del gerente de ferrocarriles.

Por eso, un elemento importante del llamado a concurso es conseguir que la casa estilo inglés ferrocarrilero y el nuevo edificio conformen una integración urbanística de este sector a las afueras de esta ciudad chubutense. Para eso, el Colegio llamó a un concurso provincial actualmente en curso. El tema es interesante por lo complejo en cuanto hace al valor patrimonial de los edificios linderos. También en lo que respecta a pensar en un arquitectura que contemple las características climáticas y topográficas del lugar.

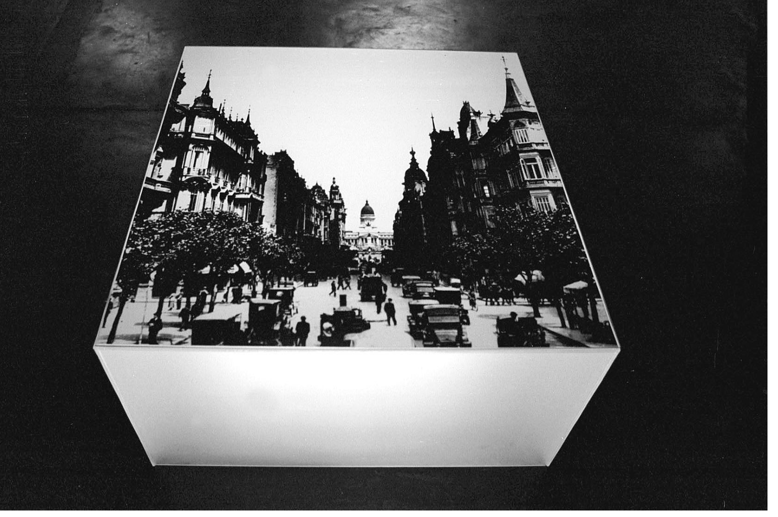
El lote ofrece sus desafíos: tiene una superficie de mil quinientos metros cuadrados, una forma irregular y es en pendiente. Seguramente estos condicionantes favorecerán una reflexión por parte de los participantes y los llevarán a proyectar un edificio distinto a muchos y especial para esta parcela.

El programa de necesidades no es complicado ni demasiado extenso, estamos hablando de unas oficinas de doscientos metros cuadrados para la primera etapa y una ampliación de ciento cuarenta más para una futura sala de exposiciones, más apoyos de servicios.

Lo complejo de este llamado reside en las rigurosas instancias que supone proyectar mirando al Golfo Nuevo en Madryn: se visualiza el mar, el actual muelle Luis Piedrabuena y más adelante se verá el futuro muelle de cruceros. Este lugar es llamado a articular un área histórica de Madryn con una futura urbanización en terrenos linderos.

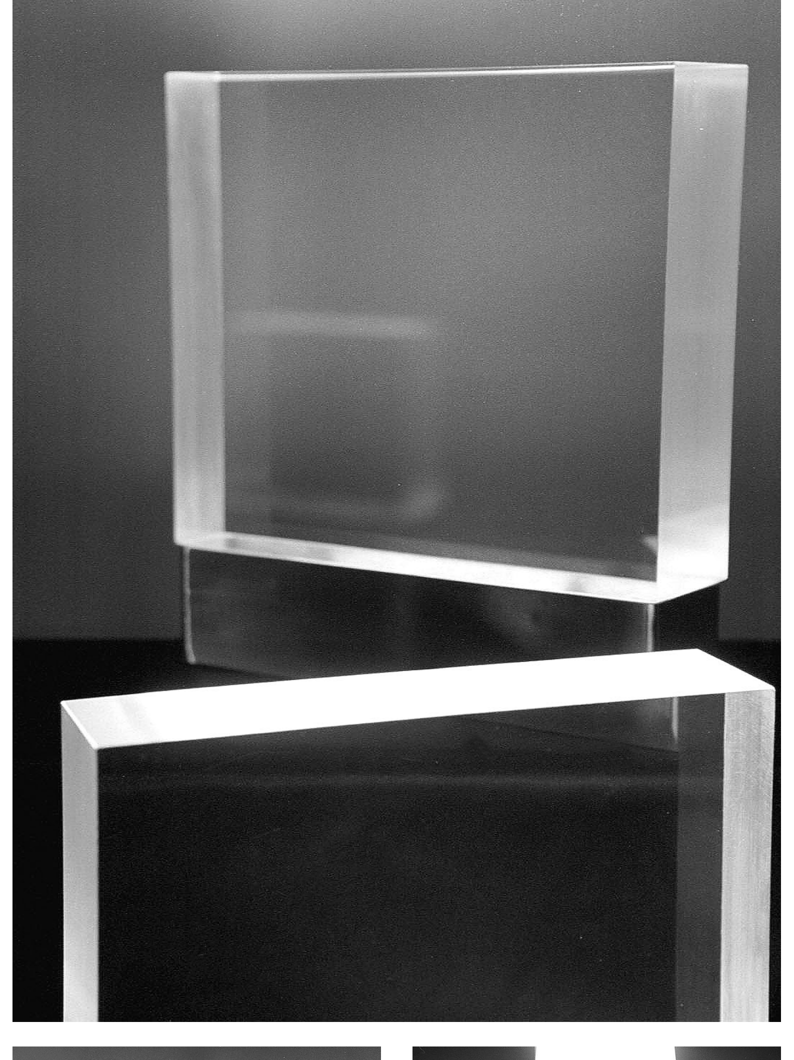
Además, lo difícil es trabajar con fuertes vientos y tener como vecinos a dos espléndidos edificios de valor patrimonial. Uno es la ya mencionada antigua casa del gerente de los ferrocarriles, el otro el Museo Oceanográfico, el Chalet Pujol. Frente a estos edificios la nueva propuesta que surja del lápiz de algún arquitecto residente en esta patagónica provincia se dará el gusto de poder confrontar su diseño con dos interesantes baluartes de una arquitectura inglesa todavía mantenida con dignidad a lo largo de más de un siglo de vida. El concurso está pautado para ser entregado el 5 de enero del próximo año. ■

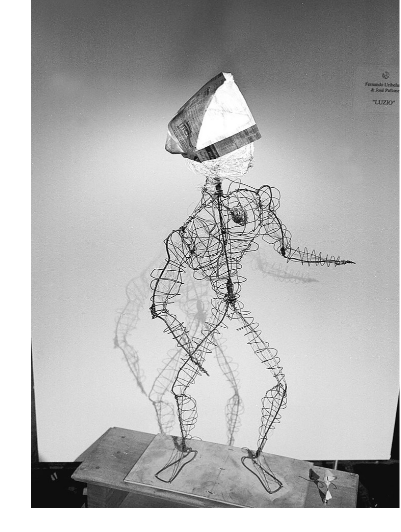


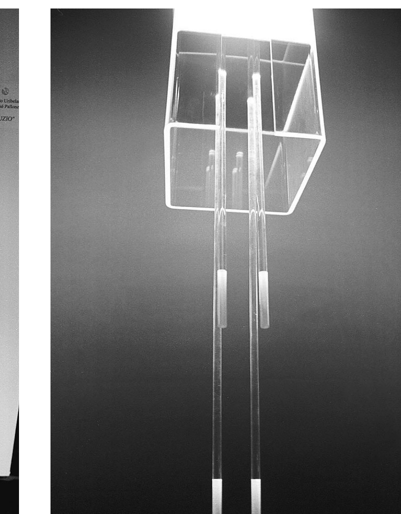


FOTOS DE SANDRA CARTASSO









Y se hizo la luz

Acero, acrílico y sobre todo mucho material de reúso fueron los protagonistas de la exhibición de artefactos lumínicos con los que DARA (Decoradores Argentinos Asociados) despidió un año "Con luz propia".

POR LUJÁN CAMBARIERE

Mil quinientos metros cuadrados fueron iluminados por más de cuarenta artefactos lumínicos, obra de arquitectos, decoradores, fabricantes, artistas plásticos y diseñadores de interiores. ¿El lugar? El subsuelo de la Casa de la Cultura (Ex Edificio del diario *La Prensa* en Avenida de Mayo). ¿El motivo? Despedir un año de mucha actividad para DARA, la asociación que reúne a los decoradores argentinos, lanzar la primera guía institucional y, sobre todo, jugarse a incursionar en un rubro poco abordado por los profesionales locales como la iluminación.

"Ruptura, fuerza y energía eléctrica, son los tres conceptos a partir de los cuales estructuramos la muestra, que sirvió de algún modo para dar a luz varios conceptos. Los diseñadores siempre apelamos a esa lamparita que encendemos en nuestra cabeza a la hora de crear, por lo que nos pareció oportuno empezar por producir las ajenas", explica Dorotea Oliva, presidenta de DARA. Así, distintas instalaciones, prototipos e iluminaciones en serie fueron de la partida que apuntó a bajar tendencia, jugar con la reutilización de ciertos materiales y, en lo que les cabe, a reflexionar a través del diseño.

La vanguardia

Pasa, sobre todo, por los artefactos en acrílico. El papel reciclado, ecológico o de los otros, quedó atrás allá lejos y hace tiempo, y hoy le toca acaparar la escena a un material más costoso pero resistente y excelente conductor de la luz, con los que se construyen desde lámparas de pie y pantallas hasta veladores. El partenaire ideal del acrílico parece ser el acero y las luces frías de bajo consumo. El plástico, las pantallas de telas engomadas o acetato y el polipropileno vinílico también hacen a la última vanguardia. Y por último, los muebles con luz propia, como las mesas que creara hace un tiempo el diseñador Philippe Starck y que en esta muestra se vieron en versión Angélica Campi.

Oda al reúso

"En los países ricos del primer mundo, el reciclaje está de moda como un modo de no seguir invadiendo el planeta, o por lo menos un sector del planeta, atestado de productos. Nosotros, diametralmente opuestos a ellos, desde nuestra continua y persistente falta de recursos, aplicamos el reciclaje de materiales como una necesidad absoluta. Como una herramienta de producción o de creatividad de bajo costo", explica la arquitecta Mónica Cohen, autora de un velador para cuarto de chicos sobre la base de las clásicas botas de goma Pampero iluminadas mediante una lámpara fría de bajo consumo y de otras luminarias colgantes hechas con embudos plásticos de colores.

Otros que apostaron fuertemente al reciclaje fueron el diseñador Philippe Deroy, que armó una lámpara colgante con una rueda de bicicleta y una manguera plástica con luces de automóvil. Y el fotógrafo y diseñador gráfico Guido Villaverde, quien, también con una rueda de bicicleta, caños de gas de cobre y una pantalla decorada con fotografías símil diapositivas antiguas, armó su velador "Ciclodale".

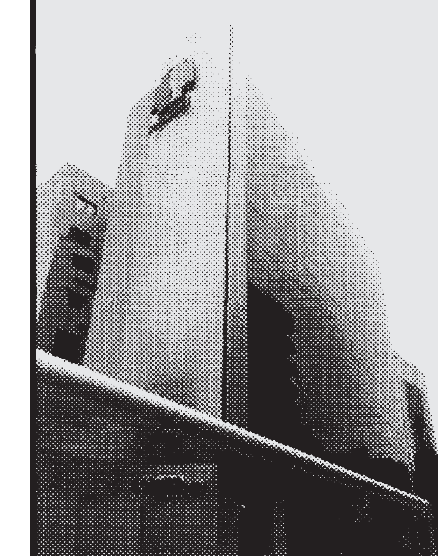
Instalaciones lumínicas

Por último, varios se jugaron por las instalaciones lumínicas. Este fue el caso del artista plástico Alejandro Raineri, quien sembró un amplio espacio con baldes y palas de acero en alusión a los piqueteros. También Alfred Fellinger, Arturo Peruzzotti y Martín Churba hicieron lo propio en un ambiente cerrado apodado "La teta y la luna", que crearon en base a un cielorraso de tela signé Tramando, la etiqueta de diseño de Churba, con impresiones de pechos y una lámpara de pie de Gris Dimensión. Por otra parte, Fernando Uribelarrea y José Pallone dieron vida a Luzio, la escultura de un hombrecito de hierro y alambre con luz propia. Oscar Serra organizó en un amplio espacio varias de sus esculturas funcionales, como él denomina a sus lámparas de pie y veladores en hierro con pantallas de resina poliéster o vitrales antiguos. Graciela Pelayo se lució con "Sfumata", una lámpara colgante envuelta en una malla metálica que asemejaba una nube dando vida a una pieza sumamente etérea. Y Gerardo Acevedo sorprendió con un bosque de árboles totalmente artesanales hechos con cañas y hojas de celuloide blancas que cambiaban de color conforme la iluminación ambiental, que viraba del verde al colorado y al amarillo fuerte.

¿Otra perlita de la exhibición? La propuesta de las participantes más jóvenes. Dos estudiantes de diseño de interiores, Cecilia Pérez y Julieta Morellato, cordobesa y santafesina, respectivamente, que dieron la nota con su propuesta "El que no llora, no mama": simpáticas luces con forma de chupetes. "Intentamos jugar con el tema de la creación. Con esa certeza de que el que busca encuentra. La idea se materializó a través de una tela en la que dibujamos una multitud de llorones con la que quisimos representar la búsqueda continua. Y en la parte superior, como representación de las metas y objetivos, se colocaron tendales de chupetes. Los chupetes se realizaron con lámparas incandescentes que bañan de luz la instalación, como alusión a la energía que irradian las ideas", rematan. ■















Pisar el freno

El movimiento Città Slow ya reúne a 63 ciudades, mayoritariamente en Italia, que decidieron privilegiar la calidad de vida, la diferenciación y el patrimonio para conservar lo mejor que tienen y ser más viables económicamente. Un movimiento con ideas que pueden servirnos.

Los italianos están empezando a exportar una concepción patrimonialista, humanista y absolutamente sofisticada de la vida urbana. Es un movimiento que se llama *Città Slow* y se autodefine como la rama urbanística del grupo Slow Food que en los noventa comenzó a pelearle a la globalización –y a su fast food– con una verdadera ideología del sabor, la calidad y sobre todo la autenticidad.

Ya hay 63 *slow cities* en Italia y Europa, y hasta los ingleses reacios a las novedades continentales están prestando atención. Estas ciudades son en general pequeñas y se asocian en una carta de intenciones muy estricta que busca mantener un valor específico: la forma de vida local. Esta búsqueda de conservar y alimentar lo que se tiene y se puede perder es a la vez una manera de favorecer algo que las ciudades –y todavía más los pueblos– suelen perder, que es la diferenciación.

Nuestro país, y en particular el ámbito pampeano, es un cementerio de casos de falta de diferenciación –pueblos que son todos literalmente iguales–, pérdida de actividades y valores locales, y bajas en la calidad de vida por torpezas políticas y urbanísticas. Los italianos se quejan de exactamente lo mismo, aunque el eje de sus problemas está en una envidiable prosperidad que les permite de hecho arrasar con su país y transformarlo en un suburbio de Jersey. Y decidieron hacer algo al respecto.

Los centros urbanos que se acercan al movimiento de *slow cities* tienen que aceptar varias imposiciones. Tienen que implementar políticas ambientales que favorezcan las características naturales de su lugar y políticas de infraestructura que respeten los escenarios naturales inmediatos, en lugar de ocuparlos. Las comunas deben ser receptivas a nuevas tecnologías que permitan mejorar la calidad de vida ecológica y establecer activos programas de impulso a industrias alimentarias locales y típicas. Esta protección e impulso se extiende a otras producciones típicas del lugar, en particular las artesanales, que ayudan a la diferenciación del lugar como zona productora y como mercado.

El movimiento tiene un fuerte énfasis en el turismo, por lo que los municipios participantes se obligan a eliminar barreras para el uso de los ejidos y a valorizar la hospitalidad local. Además, es mandatorio lograr un consenso general en la población de que la ciudad pasará a ser una *slow city*.

Todo esto suena muy noble y muy abstracto, hasta que se llega al capítulo del contrato en que el movimiento avisa de inspecciones regulares a las ciudades miembro para verificar los cambios. La idea no es que se prohíba vender sandwiches o se cierren las fondas modestas si cocinan mal. El objetivo es que los pueblos perceptiblemente ganen en "buen gusto" y calidad de vida.

¿No es increíble? Un movimiento urbanista por "el buen gusto".

Los pueblos participantes hicieron draconianas medidas de protección al patrimonio edificado, que en muchos casos ya estaban en los códigos. No sólo es imposible alterar las edificaciones en estilo tradicional, sino que se ofrecen facilidades y se presiona para que el modernismo desaparezca de ambientes cuya identidad es tradicional. La nueva construcción, la rural incluida, tiene que respetar el estilo más popular en el lugar, y elementos como el mobiliario urbano y los artefactos de iluminación pública se eligen dentro de estos parámetros. Las novedades no están en absoluto prohibidas, pero se toman con una sana cautela.

Donde los pueblos lentos se ponen duros es en el tema tránsito. Prácticamente todos ya prohibieron los autos en sus cascos históricos, con casos como Orvieto en los que hasta los vecinos de la pequeña periferia tienen que tener permisos especiales para llegar a casa en cuatro ruedas y todo el mundo tiene que dejar el coche en dos grandes estacionamientos construidos en cada extremo del poblado. Los hoteles pueden recibir pasajeros que lleguen en automóvil, pero tienen cinco minutos para evacuarel vehículo del ejido y estacionarlo donde no moleste. Cuando se retire el turista, tiene sus cinco minutos para cargar sus valijas.

Los comerciantes, al principio, reaccionaron mal a este tipo de restricciones –ni hablar de las que les limitaron el espacio para cartelería y vidrieras– con temor a que la falta de tránsito automotor redujera su clientela. Pero como muestra hasta la calle Florida, lo contrario ocurrió y los pueblos están prosperando. En los apenas cinco años que transcurrieron desde el experimento original, comenzado por Bra, Greve, Orvieto y Positano, resultó evidente que la filosofía urbana de Città Slow es económicamente viable.



Si se piensa en los tantos pueblos argentinos duramente afectados no sólo por la crisis sino por su falta de un rol económico claro –típico caso, el centro urbano que fue centro de servicios y productos para el campo que lo circunda, pero perdió ese rol por nuevas formas de comercialización y mejoras en las comunicaciones– este movimiento europeo empieza a dejar de parecer un divertimento de ricos. La anomia económica de la eterna recesión impone la desesperación por competir y diferenciarse con tanto rigor como la excesiva competencia en Italia. Pueblos geográficamente bien colocados que ofrecen una calidad de vida atractiva no sólo tienen chance de ser destinos turísticos sino que atraen empresas y nuevos vecinos.

Es la tendencia contraria a la que se observa en nuestro país, y la diferencia es de concepto. En nuestros pueblos se saludan las demoliciones y se permite a los vecinos arrancar sus ventanas para reemplazarlas por otras de aluminio completamente fuera de estilo y proporción. Esto ocurre por un mito del "progreso" francamente perdedor. En realidad, es una regresión que lleva a que conjuntos urbanos que tenían un evidente encanto –como Capilla del Señor o Viboratá, para citar dos de cientos de ejemplos posibles en la campaña bonaerense– se hagan cada vez más indistinguibles entre sí y más parecidos a alguna cuadra de las feas en Bernal.

También resulta francamente encantador el énfasis de los italianos en el valor de la gastronomía como industria, placer, elemento cultural y diferenciador de cada población. Se trata de un país que gana miles de millones de dólares cada año en exportaciones de estilo, encanto, moda y sofisticación, y *Made in Italy* es una marca internacional envidiable. Los argentinos lo estamos empezando a aprender con nuestros vinos y nos encontramos sorprendidos por el turismo masivo que destaca como atracciones nuestro modo de vida y nuestro patrimonio urbano. Tal vez los italianos hayan encontrado algo que vale la pena, que empieza a tener eco y que puede darnos pautas. ■